

Congresos y conferencias de una tarde de verano

JOSÉ A. MARTÍN-PEREDA

Con la llegada del estío ha comenzado, como todos los años, la interminable serie de galas que, en el entorno de la I + D, reciben el nombre de congresos y conferencias. También, más recientemente, ha proliferado otro tipo de actos que, sin saber muy bien por qué, se reúnen bajo el epígrafe de *cursos de verano*. Esta última variedad, aunque podría tener alguna extraña relación con la I + D, se sale de lo que habitualmente se entiende como *pedra angular* del sistema. Creo que ni los más benevolentes lo harían. Por tanto, voy a evitar hablar de ella, a pesar de que las tentaciones para hacerlo son muchas. Prefiero centrarme en los primeros que, esos sí, son punto central de la actividad investigadora.

Todos sabemos que el número de congresos y conferencias crece cada año. A cualquier investigador que dispusiera de fondos suficientes no le sería difícil saltar de congreso en congreso, durante meses, sin pasar por su centro de trabajo ni un solo día y no tendría que apartarse mucho del tema que entiende.

Seguramente podría encontrar congresos de su interés en Honolulu, Helsinki, Toronto, Varsovia, Tokio, Venecia y Sydney, uno tras otro, que tuvieran que ver con el objeto de su investigación. Y en la mayor parte podría, si su trabajo es de mediana calidad, presentar una o varias comunicaciones.

En esa trayectoria, además de recorrer mundo, tendría la oportunidad de hacer buenas amistades porque, en la mayoría de los casos, se encontraría con los nombres de siempre y, más o menos, todos contarían lo mismo.

Hace algún tiempo comentaba, también en estas páginas, la cantidad de información que se publica en las revistas técnicas y que apenas vale para nada. Algo similar sucede con los congresos y las conferencias. Es

seguro que, de cada diez, sólo una puede merecer la pena. No hay duda de que en aquella donde conseguimos introducir ponencias es una de las que deberían salvarse de la quema. Eso es lo que, al menos, piensan individualmente muchos. Y lo mismo pasaría con la conferencia o el congreso que, un cierto día, fuimos capaces de organizar, o aquellos otros en los que fuimos invitados a comentar nuestro último trabajo.

¿Cuál es el objetivo de las conferencias? ¿Cuáles son las verdaderamente importantes? ¿Qué parámetros tenemos para distinguir unas de otras?

Por lo que respecta a la última pregunta, el consejo que he dado a quien me ha preguntado es: "Manda, para ver si te los aceptan, un número significativo de comunicaciones. Cinco o seis, por ejemplo. Trata en todas un tema común. Pon siempre dos autores, de los que uno puede ser el mismo en todas.

Si las aceptan sin rechazarte ninguna, o eres realmente bueno o la conferencia admite todo lo que la llega. Si crees que ocurre lo primero, repite la experiencia con otra conferencia. Si al cabo de haberlo hecho cinco veces, siempre ocurre lo mismo, es que tu trabajo es de alta calidad.

Si, por el contrario, crees que lo primero no es seguro, que no eres tan bueno como para aceptarte todo lo que mandas, es que se cumple la segunda condición. Salvo, claro es, que se celebre en una ciudad que tengas verdaderos deseos de conocer". La célebre frase de Groucho Marx algo transformada podría aplicarse aquí: "No asistas a un congreso en el que admitan cinco ponencias tuyas".

Así como para las revistas existe, en algunas ramas de la ciencia y la tecnología, un catálogo en el que se indica la importancia relativa de cada una de acuerdo a una serie de parámetros, como el índice de repercusión (impacto) o el número

de referencias que aparecen en otras revistas, para los congresos y las conferencias no existe, dentro de lo que yo conozco, algo equivalente y que sea universalmente aceptado. Cada investigador actúa según su intuición. Su buen saber y entender le dice, más o menos, cuáles son las que estima mejores y cuáles las peores. Pero yo no he visto escrita en ningún sitio una clasificación de las revistas.

Ésa es una tarea que, a mi juicio, falta por hacer y que no sería a todos de una gran utilidad para saber a qué atenernos. Las conferencias y los congresos han sido, a lo largo del presente siglo, una de las principales herramientas para dar a conocer y discutir los más recientes trabajos. Gracias a ellas se han conocido descubrimientos y se han derrumbado grandes reputaciones que parecían inmutables y sólo eran de cartón-piedra. En sus pasillos se han intercambiado ideas y se han fraguado amistades que, después dieron lugar a fructíferas colaboraciones.

Pero algunas también han servido sólo para pasar unas vacaciones encubiertas y alejarse durante un tiempo del lugar de trabajo. Lo que allí se ha aprendido ha sido casi nulo y el provecho obtenido, mínimo. Esas conferencias deberían diferenciarse, claramente, de las otras. Pero en ningún sitio se dice cuáles son las buenas y cuáles las regulares, dónde está la mena y dónde la ganga. Ahora que, en todos los lugares y pasada una primera etapa de activación global, comienza a reconocerse la necesidad de evaluar la investigación, se hace necesario, imprescindible diría, un trabajo de reordenación de los criterios de calidades. Diez ponencias en una conferencia puede ser síntoma de calidad pero, tal vez, lo es más una única en otra diferente.

Catedrático de Tecnología Fotónica.